

DESAFIO A LA MUERTE



**E. Phillips
Oppenheim**



Rembrandt

Warren Rand se ha rodeado de un equipo de agentes del servicio secreto, guardaespaldas y ha añadido a esta organización los mejores expertos financieros disponibles. Tiene un objetivo a la vista, a saber, imponer la paz en el mundo. Su primer paso es arrinconar el mercado mundial del oro, no dudando en anular, incluso por medios criminales, a aquellos que se interponen en el camino de la consecución de sus planes.

Capítulo primero

Los dos hombres, Warren Rand, el enigma de ambos hemisferios, y Juan Glynde, su apenas menos famoso secretario, encorvábanse sobre la mesa, cubierta de paño verde, hasta casi rozarse sus cabezas. Los dos llevaban puestos los aparatos amortiguadores contra los bramidos del motor del avión. La hoja de papel que se hallaba junto al último de los citados aparecía cubierta de cifras y cálculos que, al parecer, acababan de ultimar. Juan Glynde lo sujetó con una pinza y afianzóse, a su vez, agarrándose al borde de la mesa, al zambullirse el avión en un bache aéreo. Luego miró fijamente a su acompañante y a pesar de su aspecto insignificante, su delgadez y flácida voz, sus solemnes palabras tenían una nota curiosamente impresionante.

–Es usted el hombre más rico del mundo –le dijo.

–Siempre confié en llegar a serlo –replicó fríamente el otro—. De lo que no estoy seguro es de si soy lo suficientemente rico para lograr mi propósito.

–Con los periódicos que posee controla usted prácticamente la Prensa mundial –continuó Juan Glynde.

Warren Rand, el hombre hermético y de cáustico intelectualismo, frunció el ceño ligeramente.

–Todavía no –gruñó—. No entiende usted de periódicos tanto como de finanzas, Juan. No obstante, conseguiré controlarla. Es mi propósito lograrlo.

–¿Y qué espera sacar de todo esto? –preguntó el hombrecito, con curiosidad, limpiándose meticulosamente los lentes ribeteados de oro—. Por ahora no parece obtener de la vida mucho más que otros hombres. Es usted evidentemente el más odiado del mundo. Todos aquellos

con quienes se digna cambiar una palabra, tiemblan en su presencia y nadie le dice la verdad espontáneamente. No tiene usted ni un solo amigo y pagamos anualmente una fortuna para evitar que le asesinen. ¿Qué es lo que busca?

Warren Rand no contestó en seguida y se reclinó con cautela en su asiento. Mirando oblicuamente hacia el ventano, contempló el resplandor rojizo que semejava el reflejo de una gran catástrofe. Aquel resplandor se alzaba haciéndose cada vez más claro y substancial. Frente a él, Juan Glynde recogió los papeles con la mecánica exactitud de un experto negociante.

—¡El poder! —continuó el hombrecito, casi como en soliloquio—. ¿De qué va a servirle todo esto si no es para satisfacer su vanidad y alentar los odios? ¿Qué placer puede usted hallar en dirigir las flechas de su ballesta contra el mundo entero, si así le place? ¿A dónde van todos estos afanes y los clamores que levantan?

Warren Rand desvió la mirada del ventano para fijarla en su secretario. Éste, a pesar de su aspecto, física y moralmente insignificante, la desafió sin pestañear. Era un individuo de estampa vulgar; en su rubio cabello mezclábase hebras grises y tenía unos ojos escudriñadores, algo hundidos, conservando generalmente los labios en posición prominente.

—A veces me pregunto si se habrá permitido alguna otra persona el lujo de un secretario como usted —comentó Warren Rand.

Juan Glynde eludió la sátira y aceptó el comentario.

—Son pocos los que podrían disponer de mí —observó—. Me paga usted cien mil dólares anuales y a este precio resulto manifiestamente barato. Si me hubiera usted dejado donde estaba, a estas horas sería presidente del Consejo de Administración de un banco, presidente del Country Club y comodoro del Club Marítimo de West Bay. En vez de seguir al servicio de una empresa, decidí servirle a usted. Podrá usted hacer las objeciones que le parezcan

oportunas, pero yo cumplí lo que me había propuesto con usted. Le he colocado en la posición social más peligrosa: es usted el hombre más rico del mundo.

El poderoso artefacto avanzaba con sus rugidos en medio de las tinieblas, hacia aquel muro en llamas. De nuevo cayeron en un bache y el aparato tembló en toda su superficie, hasta el punto de semejar que los paneles de caoba que revestían las paredes iban a quebrarse. Pequeñas briznas de la nube que les envolvía metíanse furtivamente en el interior y quedaban envueltos como en el seno de una neblina.

—Sólo establecí una condición cuando renuncié a mi carrera para ponerme a su servicio —continuó Juan Glynde—. Ya sabe cuál fue. Cuando llegue el momento oportuno, yo le formularé la pregunta y usted habrá de contestarla de hombre a hombre, revelándome cuál es la finalidad que perseguimos y qué se esconde detrás de toda esta vasta y dinámica fuerza. Ya ha llegado a ese punto en que ni puede emplear su dinero ni controlar toda su fuerza, y no obstante seguimos avanzando.

—Espere unos meses para formularme esa pregunta —rogóle Warren Rand—. Lo único que puedo decirle en este momento es que no marchamos sin rumbo. La organización que me ha ayudado a constituir tiene finalidad y plazo. Ambas premisas se pondrán en claro ante usted cuando llegue el momento de dar el primer golpe.

La puerta del saloncito abrióse y cerróse bruscamente, presentándose un joven con un radiograma.

—Es de Londres, señor; clave número tres —anunció entregándoselo.

«Nuestro agente que ocupa cargo importante en el destacado periódico londinense "El Sol", informa que Harold Nickols escribe un editorial que está en la linotipia, en el cual se desaprubaba la conferencia del desarme que ha de tener

efecto en Ginebra, manifestándose hostil a la discusión del Pacto de la Paz, En otro artículo apoya la recepción de Postinoff y Vitznow, caso de que la discusión pueda entrar por terreno eficaz.»

Warren Rand apartó el mensaje y señaló a un librito que había sobre la mesa.

—¿Quién es ese Harold Nickols?

—Puedo decírselo sin consultar el índice —replicó Juan Glynde—. Tiene cincuenta y tres años, es socio de un club, viudo, de opiniones obstinadas e inaccesible.

Su jefe consultó el reloj.

—¿A qué hora estaremos en Croydon? —preguntó a un oficial que se hallaba cerca en aquel momento.

—A las siete y media —replicó—. Dentro de unos veinte minutos.

Warren Rand contempló un instante, con aire pensativo, la gran alfombra de luces que parecía moverse ante él. Luego, sacó un cigarrillo del bolsillo y haciendo caso omiso de las severas reglas en materia de aviación, lo encendió. Fue una acción arbitraria, pero habitual en él. El avión era suyo; los dos pilotos, los mecánicos e incluso Juan Glynde, estaban atados a su voluntad.

Capítulo II

Raras veces se chismorreaba en el Sheridan Club; pero mientras el gran avión de Warren Rand comenzaba a descender de las alturas y terminaba por dejarle en Croydon, Harold Nickols, que estaba cenando aquella noche con tres o cuatro amigos íntimos, apartóse de la costumbre. Habían bebido la segunda copa de Oporto, cuando inclinóse en su asiento situado en un extremo de la mesa —lugar que ocupaba habitualmente como privilegio de asiduidad y prestigio— y habló a su amigo Andrés, el director de una famosa revista mensual. —De modo que la Esfinge de Nueva York está camino de Londres, según tengo entendido— observó. —Supongo que su visita tendrá alguna finalidad.

—¿Quién es la Esfinge de Nueva York? —preguntó Herbert Dring, el comediógrafo, acercándose al grupo.

—¿Quién es? ¿Qué trama? ¿Por qué se digna visitarnos? —inquirió a su vez Harold Nickols—. Son muchas las preguntas que podrían formularse sobre Warren Rand, pues así se llama nuestro hombre.

—Y entonces, ¿por qué le llaman la Esfinge? —persistió Dring.

—Verá —continuó Nickols—; es uno de los hombres más ricos de la tierra y controla más periódicos que nadie. Está en condiciones de hacer más daño que ningún otro ciudadano. A pesar de todo esto, juraría que en esta sala no hay persona que haya visto ni siquiera su fotografía. Por lo que se cuenta de él, parece utilizar su gigantesca influencia en la Prensa para eludir la publicidad en vez de alentarla.

—Ahora comprendo el apodo de Esfinge —asintió Dring—. ¿Y a qué es debida tan desusada modestia? Es una vir-

tud que raras veces se asocia con los gigantes de la profesión de ustedes.

–Por lo visto, carece usted de perspicacia, mi querido Herbert.

–No comprendo cómo escribe usted esas comedias tan estruendosas –observó el individuo que estaba a la derecha de Harold Nickols.

–¿Qué viene a hacer a Europa? –inquirió otro de los presentes.

–No se tiene la menor idea –confesó Nickols con indiferencia–. Posee algunas acciones en nuestra publicación, pero jamás le he podido ver ni espero conseguirlo... Lanza sus rayos desde las nubes y sus gases ponzoñosos desde las cavernas del mundo. Nadie le ha visto nunca. Jamás asiste a reuniones públicas ni firma un artículo ni permite que se den noticias de sus andanzas. El linotipista que escribe el nombre de Warren Rand sabrá pronto lo que le cuesta, o, más bien, a sus jefes.

–¿Y cómo controla todo eso? –persistió Dring.

–Posee más periódicos que comedias ha escrito usted en su vida –explicó Harold Nickols–. Viaja siempre con un equipo de empleados que asustan al mundo entero. Estas cosas parecerán muy bien en América, donde los multimillonarios rigen los destinos de las multitudes. Aquí no hay periódico que, sobre poco más o menos, no adivine sus propósitos, pero tendrá que arrepentirse si no los respeta. Es una verdadera esfinge. Persigue algo, algo definido; pero no conocí a nadie lo suficientemente listo para descubrirle con exactitud.

–Resulta muy interesante. ¿Y no existe probabilidad de conocer a ese tipo?

–Ninguna –replicó con firmeza.

–¿Por qué no le enviamos una tarjeta para que nos visite en el club?

–Su secretario la arrojaría al cesto de los papeles. Casi aseguraría que no ha pisado jamás el umbral de un club.

–¡Qué persona tan poco humana! –observó Dring, bebiendo una copiosa dosis de Oporto.

–Sí, muy poco humano –asintió Nickols–, a juzgar por sus acciones. Nadie sabe nada concreto de él. Solíamos llamar a aquel individuo que vivía en Montecarlo, el «misterioso personaje de las finanzas y la política». Warren Rand es «el hombre misterioso» de nuestra profesión.

–¿Y dice que, a pesar de ser accionista de «*El Sol*», usted nunca se encontró con él ni es probable que le conozca?

–De eso estoy seguro. Si alguna vez tiene que decirme algo, lo hará por tercera persona. Creo que ni el propio Harcombe conseguiría verle. Cuando llegue a la ciudad, se instalará tras uno de esos grandes ventanales de sus oficinas de Kingsway, a los que Teddy Gage llama «los ojos de la araña», y se asomará para ver lo que le interese ver y hacer lo que le plazca hacer. ¡Vaya un tipo! Me asusta la idea de tener un complejo como el suyo. ¿Y si echáramos una partidita?

El grupito se esparció y después de breve visita al despacho del cajero, dirigiéronse en comitiva hacia la sala de juego. No obstante, el portero detuvo a Nickols en el vestíbulo.

–Un caballero pregunta por usted, señor –anunció.

–¿Un caballero? ¿Quién es? –preguntó Nickols, deteniéndose con el gesto de encender un puro.

–No quiere dar su nombre, señor, y dice que no le detendrá más que unos minutos. Se encuentra en la sala de espera.

–No tardaré mucho, amigos. Vayan dando las cartas –disculpóse Nickols, torciendo a la derecha–. Voy a ver quién es ese visitante y qué quiere. Supongo que será alguien de la oficina, aunque sería más natural que telefonease.

Abrió la puerta de la estancia dedicada a los forasteros y quedó sorprendido al observar que estaba casi a oscu-

ras. Junto al conmutador de la luz eléctrica había un individuo de pie, apenas visible a la luz de la única bombilla encendida. No obstante, desde el primer momento adivinó Nickols algo siniestro en la silenciosa silueta humana que se enfrentaba con él. Se inclinó un poco para ver si podía observar mejor al desconocido; pero en la penumbra que reinaba resultaba bastante difícil conseguirlo.

–Me han dicho que deseaba hablarme –comenzó–. Me llamo Harold Nickols. ¿Quién es usted y qué quiere? ¿No le importaría que encendiera otra luz?

El desconocido hizo como si no hubiese escuchado la sugerencia.

–Lo que deseo –repuso– es que me acompañe a su despacho del periódico y que substituya el editorial que ha escrito para la edición de mañana; puede escribir sobre cualquier asunto que se le ocurra.

Nickols quedó un instante atónito. La fantástica y colosal impertinencia, la tensa entonación y autoritario gesto de aquel individuo casi le cortó la respiración. Además, que él supiera, nadie más que el corrector de pruebas tenía noticia de su escrito.

–¿Pero quién diablos es usted y cómo está informado de lo que yo escribo? –le preguntó, avanzando un poco en la estancia–. Haga el favor de encender esa luz para que le vea mejor.

–Las luces están mejor así –replicóle su interlocutor, impasible–. Me llamo Warren Rand, y aunque le parezca imposible, he visto una de las pruebas de su artículo sobre la situación internacional en Ginebra, abogando por la admisión de esos vulgares asesinos que se llaman Postinoff y Vitznow. Ese artículo no puede aparecer en «*El Sol*».

Cuando más tarde estudióse la gran figura de Warren Rand, hubo críticos que le achacaron falta de tacto. Otros afirmaban que era una actitud deliberada que probaba el genio de aquel hombre, el cual golpeaba en la entraña de los problemas sin preocuparse de los sentimientos de sus

víctimas o de los generales prejuicios, rematando así los asuntos más pronto e irrevocablemente.

—Poco me importa que sea usted todopoderoso —gritó Nickols—. No logrará interferirse en las actividades de «*El Sol*» mientras yo sea su director. Mi editorial está en la sala de linotipias a estas horas y a las cinco, un millón de ejemplares del periódico serán distribuidos por todas partes.

—¿Es esa la respuesta que da a mi sugerencia? —preguntó Warren Rand fríamente.

La estancia quedó a oscuras de pronto.

—¿Pero qué demonios está usted haciendo con las luces? —protestó Nickols agriamente.

No hubo réplica. La sinuosa silueta del inesperado visitante estaba ya junto a la puerta. Nickols abalanzóse hacia los conmutadores eléctricos y la luz inundó la escena. La sala estaba vacía. Salió prestamente al vestíbulo.

—¿Dónde se ha ido ese caballero que se hallaba aquí hace un minuto? —preguntó al portero.

El interrogado levantó la cabeza desde su mesita, con manifiesta sorpresa.

—Ese caballero acaba de marcharse en un automóvil, señor. Harold Nickols quedó un instante inmóvil ante la escalerilla, sumido en confusa reflexión. Apenas si podía darse cuenta de que había estado hablando con el hombre al que se había referido en su charla con sus amigos: la «Esfinge de Nueva York». Acaso debiera haberse mostrado un poco más cauto con él; pero aquel individuo había conseguido irritarlo con su melodramático deseo de oscuridad y su absurda pretensión. Dio media vuelta al fin y encendió un cigarrillo. Por un impulso subconsciente, decidió, al llegar a la sala de juego, mantener en secreto la visita que acababa de recibir. Lo mejor que podía hacer era como si aquel episodio no hubiera tenido efecto. No obstante, a pesar de ser hábil jugador, hizo tres renunció en la primera partida.

Según iban avanzando las horas, Harold Nickols sentía-se más y más deprimido, percibiendo la rara sensación de que en el ambiente del club reinaba algo misteriosamente desagradable aquella noche. No consiguió concentrarse en la partida de *bridge*; el *whisky* le supo mal; el humorismo de sus amigos falto de gusto. Marchóse más temprano de lo habitual y en vez de tomar un taxi para dirigirse a su modesto hogar de Ebury Street, dirigióse al Strand y torció hacia el Este. En cosa de diez minutos hallóse frente a un sólido edificio de piedra, en la cumbre del cual un gran anuncio luminoso hacía pública la próxima edición matinal de «El Sol». Por lo general, Nickols no era hombre que se dejase dominar por las emociones; pero su corazón latió un poco más aceleradamente al escuchar el rugido de las máquinas. De todas las ventanas fluía abundante luz. Los amplios ventanales de la fachada estaban abiertos para que los transeúntes pudieran obtener una visión parcial de la maravillosa instalación. Las grandes ruedas giraban en el espacio; brazos de hierro parecían alcanzar las más lejanas distancias por todas las direcciones, lanzando noticias de los acontecimientos de la Tierra; escritores famosos dedicaban a los lectores consejos y críticas. Surgió en la mente de Nickols aquella serie de despachos particulares que había en el piso de arriba, cada uno de ellos dirigido por un ilustre especialista en su clase, nombres que eran heraldos de sapiencia y que daban a sus conciudadanos lo mejor de su pensamiento. Él sabía, en su modestia, cuánto costaban aquellos inspirados mensajes, qué sacrificios mentales exigía verter los pensamientos en palabras hasta darles vida, luego de largas horas de esfuerzo, del que salía todo aquel conjunto de ideas vitales que imprimían carácter a la política de uno de los mayores periódicos. A la mañana siguiente, todo el mundo sabría cuál era

el punto de vista de «El Sol», en qué consistía su elaborado plan para dar paz a un mundo que no la tenía.

Cruzó la calle y lanzó una orgullosa mirada al inmenso edificio. Había luz en la mayoría de los despachos de los redactores jefes. Su ayudante, que tenía la misión de controlar la marcha de todo el tiraje, estaría atareado hasta la madrugada. Sin necesidad de entrar, adivinaba toda la escena; aquel caudal de energía, aquellas olas de ideas que se concretaban y materializaban surgiendo de las mentes de los colaboradores, de la suya propia y de los otros. De pronto, dióse cuenta de la razón que le había impulsado llegar hasta allí, la naturaleza de aquella vaga inquietud que le embargaba. En la periodística organización había un traidor, si Warren Rand dijo la verdad, cosa que de un modo curioso le resultaba evidente y de la que no dudó ni un instante. Por su mente cruzaron, uno tras otro, todos los nombres de los redactores que trabajaban más íntimamente con él. Propagar tortuosamente la política de un gran periódico, en momento tan crítico, resultaba afín a robar secretos de Estado o sobornar a un embajador en el mundo de la diplomacia. Y tal cosa había ocurrido allí. Warren Rand conocía doce horas antes que ningún otro ser humano el secreto celosamente guardado en su despacho de director. Con las manos metidas en los hondos bolsillos de su abrigo, lanzó a las iluminadas ventanas una mirada casi salvaje. Era como si se hubiese producido una gran fisura de los cimientos al ático del alto edificio, hundiéndose en los ladrillos, penetrando en la obra de mampostería y dejando una odiosa cicatriz. Hasta llegó a parecerle que había cesado repentinamente el rugido de las máquinas y que algo había interrumpido su rítmico y solemne estruendo...

Un individuo cruzó junto a él y se volvió en redondo, en el momento de penetrar en el edificio. Era uno de los redactores de noche que volvía de una inútil gestión.

–¿Me necesita para algo, *mister* Nickols? –le preguntó con cierta curiosidad.

El director de «El Sol» cayó del cielo a la tierra, con un esfuerzo.

–No le necesito, muchas gracias –repuso–. Pasaba por aquí y me quedé mirando nuestra casona. Tiene un aspecto grande, ¿verdad?

–Es maravillosa, señor –asintió el reportero–. ¿De veras no me necesita?

–De veras, muchas gracias –volvió a repetir Nickols–. Estaba buscando un taxi. Ahí viene uno. Buenas noches.

–En el Club de Periodistas se comentaba mucho el efecto que va a producir su artículo de mañana sobre Ginebra –observó el joven, acompañándole hasta la portezuela del vehículo.

Nickols sonrió al entrar en el automóvil.

–Sí, y también se me esperan agrias críticas cuando lo conozcan... Buenas noches.

–¿Qué dirección doy al mecánico, señor?

Nickols dudó. Si volvía al club se pondría a beber.

–Prefiero acostarme pronto –decidió–. Calle Ebury, número 7.

El reportero transmitió la orden, cerró la puerta y marchóse. El automóvil arrancó, transportando a Nickols sumido aún en el torbellino mental de aquella noche inquietante y que pesaba sobre él como una nube depresiva.

Capítulo III

Harold Nickols se permitía el lujo de tener un receptor telefónico junto al lecho del dormitorio. Apenas había cerrado los ojos para el primer sueño, a cosa de las tres y cuarto de la madrugada, cuando sonó el timbre. Se incorporó de un brinco y su movimiento hacia el receptor fue puramente mecánico.

–¡Diga! –exclamó–. ¿Quién llama?

–¿Al habla *mister* Nickols? –preguntó una voz familiar.

–Sí, Nickols al habla –replicó sorprendido, ya que a pesar de estar somnoliento reconoció la voz de su ayudante –. ¿Qué ocurre, Scriven?

–No lo sé exactamente, señor –replicó con cautela–. Telefono desde la Redacción. Me parece que sería mejor que viniera usted en el acto, si le es posible. Sí... ¿Me entiende?... ¿Vendrá?

–¿Pero a la Redacción? –interrogó Nickols.

–Sí, señor. Ocurre algo muy extraño. Debe estar usted aquí. Le he enviado un taxi y ya estará esperándole a la puerta de su casa, mientras se viste. Prefiero no contestar a pregunta alguna por teléfono. Yo también me siento desconcertado.

Harold Nickols saltó del lecho, vistióse con sorprendente velocidad, se pasó dos veces el peine por el cabello, con escaso éxito, se aplicó un poco de agua fresca a los ojos, se metió en el bolsillo la pipa y la tabaquera y bajó de su piso utilizando el pequeño ascensor. Reinaban las tinieblas tanto en la casa como en la calle; pero apenas abrió la puerta de salida, se acercó un automóvil de alquiler con los faros encendidos. El mecánico saltó a tierra y, llevándose la mano a la gorra, preguntó: